

Germán Colmenares, *Las convenciones contra la cultura: Ensayos sobre historiografía hispanoamericana del siglo XIX*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, Universidad del Valle, Banco de la República, Colciencias, 1997, 103 p.

Para abordar las consecuencias investigativas de un autor tan prolífico como Germán Colmenares debemos obligatoriamente reconocer que el mismo autor hizo evolucionar significativamente su pensamiento, por tanto, más que definirlo como un gran patriarca de la tradición histórica podemos percibirlo como un símbolo privilegiado de la historicidad, pues vemos como hay un primer Germán Colmenares que contribuye de manera colosal a la tradición historiográfica desde la óptica de la *historia económica y social* y como paulatinamente emerge también un segundo Germán Colmenares que se caracterizó por reconsiderar los mismos enfoques teóricos que empleó por más de dos décadas.

Para comprender a este segundo Germán Colmenares autocrítico debe-

mos saber que su mérito reside en precisar y concretar una nueva concepción histórica que ha sido calificada por los más eclécticos como ecléctica y por los más ortodoxos posmodernos como posmoderna. Lo cierto es que en este texto de *Las convenciones contra la cultura...*, Colmenares hizo una ruptura al tratar de enseñarnos como muchas de las interpretaciones convencionales de la historiografía reciente tienden a vaciar de contenido los problemas reales y complejos de los fenómenos históricos, todo para *evadir* la teorización o formulación explícita del problema de la interpretación histórica; este escape se ha hecho por medio de la derogación entusiasta y de la negación fácil de las ideologías y de los valores que intervienen en la interpretación de la historia, incluyendo los valores e ideologías del

tiempo pasado -que nos cuestionan- como los del tiempo presente -que nos implican.

En esta obra, Colmenares estuvo concentrado en comprender las razones o móviles propios de los proyectos historiográficos de las historiografías decimonónicas, para lo cual nos propuso que “El estudio de las maneras de refiriarse al pasado (...). Consiste más bien en el examen de ideologías y de valores implícitos en un texto, y en su confrontación deliberada con nuestras presunciones ideológicas y la inevitabilidad de nuestros valores. Por tal razón debe resistirse a la tentación, en la que se cae casi siempre, de derogar sumariamente los resultados de la tarea historiográfica del siglo XIX” (Prólogo). Lo cual significa poner en juego nuestras acepciones o proyecciones históricas -en la medida de lo posible- de un modo explícito para poder comprender claramente los conceptos operativos de los proyectos decimonónicos o la “historia del pasado” que como *historia* nos concierne e implica en el presente.

Esta perspectiva, en el caso de Colmenares, trata de comprender que la historiografía del XIX *no puede reducirse* a las pretensiones de dominación económica de una élite privilegiada y que la ideología no es cosa exclusiva o un mero instrumento de un pequeño grupo, o que es bastante simplista pensar que los historiadores del siglo XIX son sesgados por la carencia de cierto profesionalismo para la escritura de la historia. Para Colmenares esta historiografía sí es un problema pero no por la

deficiencia o eficacia de sus resultados o consecuencias, la historia no es un mero diagnóstico de dudosas patologías, sino que lo que se debe, más allá de las frecuentes descripciones optimistas de la estructura económico-social que se supone dan cuenta de la realidad histórica, es preguntarse también por las condiciones intelectuales o discursivas en que dicha historiografía se formó y se perfiló hacia el futuro como *problema vigente* que requiere de análisis.

Según Colmenares, “Todas las objeciones mencionadas evalúan la historiografía hispanoamericana del siglo XIX de acuerdo con patrones contemporáneos de la producción historiográfica. Pero si dicha historiografía debe verse en sí misma como un problema, más vale preguntarse por las condiciones intelectuales específicas en que se produjo” (p. XV). No ayuda a la comprensión reducir los problemas de la producción historiográfica decimonónica a los simples hábitos de una élite, ya que el problema de la ideología va mucho más allá de un grupo, la ideología reside y se juega en toda la población con todas las variaciones de ésta y de aquella, pues la *historiografía del siglo XIX* como parte esencial del proyecto político de nación, aunque exprese ciertas *directrices para la gobernabilidad del Estado* contrarias a la cultura de algunas comunidades o sujetos, no deja de *buscar* reconocerse en ellos y fundamentarse -por obligación y por elección- en varios de sus conceptos, eso sí, a través del contraste tendiente más a la yuxtaposición de esquemas

valorativos convencionales y disímiles, cuya confrontación básica deriva de su propio intento de legitimación política siempre bajo la consolidación de una *retórica de la narración escrita*.

En este contexto, desde el análisis de las formas narrativas podemos decir que la idea central de este texto de Colmenares es que a través de este ejercicio sobre cómo podemos interpretar mejor la historiografía del siglo XIX, podamos también comprender adecuadamente la historia de este período, por lo que Colmenares tiene que abordar necesariamente los problemas de las *teorías y métodos* de nuestra actual historiografía, es decir, *lo que es condición para el conocimiento de la historia de la historiografía misma*. Para esto el autor concibe el *problema de la historia como el relato de la historia o como los relatos que se dan en la historia*, y cómo estos inciden en la particular narrativa (descriptiva o analítica) de la historiografía: “El análisis del relato histórico del siglo XIX debe incorporarse dentro de una reflexión más general sobre las formas narrativas” (p. XXVIII).

Ahora bien, Germán Colmenares nos introduce a la problemática general del libro con un debate intelectual que trata el problema de las convenciones historiográficas decimonónicas contra las características propias de la cultura americana, de la realidad americana, para esto nos habla de la discusión entre dos grandes intelectuales hispanoamericanos como Andrés Bello y José Victorino Lastarria. Según Colmenares, de tal diálogo no solo se desprenden conse-

cuencias ideológicas que caracterizaron el mundo político hispanoamericano, sino también formas de interpretar el propio mundo histórico con el fin de describirlo, explicarlo, refutarlo e incluso transformarlo.

El debate Bello-Lastarria tiene sus inicios cuando varios exiliados de la Argentina -a causa del régimen de Juan Manuel de Rosas- se establecen en Chile a lo largo de la década del 40¹, estos exiliados en su mayoría compartían unas afinidades ideológicas de corte liberal con personalidades políticas chilenas, afinidades que se materializaron en Chile a través de la Sociedad de Literatura (1842) encabezada por Lastarria, quien organizó esta asociación de intelectuales de modo equivalente al Salón Literario de Buenos Aires (1837). Asimismo, contemporáneo de esta iniciativa liberal, Andrés Bello venía trabajando en Chile en el campo educativo dejando su huella directa en la Universidad de Chile (1842) y en varios intelectuales de la historiografía hispanoamericana como Diego Barros Arana y Bartolomé Mitre. En este estado de cosas, las condiciones intelectuales se prestaron desde aquellos momentos para una intensa contrastación de perspectivas no solo políticas sino también historiográficas, debido a la intensa reflexión que estos intelectuales sostuvieron sobre los temas literarios de la escritura del pasado como forma

¹ Intelectuales argentinos exiliados, de los cuales los más destacados fueron los escritores Domingo Faustino Sarmiento, Vicente Fidel López, Bartolomé Mitre, Juan Bautista Alberdi y Juan María Gutiérrez.

de interpretación del acontecer histórico tanto en su manifestación presente como futura.

En este contexto, se puede decir que se concretaron dos perspectivas de interpretación de los fenómenos históricos presididas por Bello y Lastarria, el último abogaba más en sus discursos y escritos por una visión que se dedicara a estudiar la historia desde una posición filosófica *liberal-progresista* que sirviera de tribunal a los contemporáneos para comprender las secretas y “perversas” *implicaciones del pasado en el presente*, en contraposición a los estudios históricos más clásicos (defendidos por Bello, Arana y Mitre) consistentes en la datación erudita de los hechos históricos como momentos de la historia de lo acontecido en la línea del tiempo americana.

En otras palabras, Lastarria y sus seguidores trataron de constituir una *filosofía de la historia* para lograr una *síntesis histórica* coherente en la que sus tesis sobre la nación, la cultura y la política hispanoamericana se vieran como el fin supremo de realización histórica de cualquier sociedad humana. Las antítesis de este proyecto político de interpretación del pasado histórico eran pues las costumbres y los hábitos del Antiguo Régimen americano (La Colonia) que habían sobrevivido a las guerras de independencia en las masas populares y en algunos intelectuales de tendencia conservadora, por tanto, se recurría selectivamente al pasado en tanto lograra mostrarse las contradicciones entre las formas sociales y políticas

de una sociedad colonial-tradicionalista con las instituciones democráticas inspiradas en un *humanismo republicano*. De esta manera, el pasado y la tradición en los estudios históricos fundamentados de modo consciente en una filosofía de la historia sólo servían no como ejemplo de conducta sino como *contraejemplo* de la nueva línea temporal emergida de la ruptura independentista. Mostrar esta discontinuidad histórica constituía el giro literario del naciente género histórico americano, esta forma de relato histórico era la apología más eficiente de los sobrevivientes políticos partidarios de una filosofía liberal del presente, que se veía a sí misma como derrotero de las expectativas futuras de los incipientes Estados-Nacionales republicanos.

Según Colmenares, el proyecto político de Lastarria estaba emparentado con las ideas de la Ilustración acerca del pasado histórico, pues la clásica *crítica de las costumbres* era el modo más expedito de reducir los prejuicios del pasado y ensalzar las virtudes del presente, “La obstinada fijación en la doctrina del progreso subordinaba toda interpretación del pasado a las expectativas sobre el futuro” (p. 8). La confrontación de los seguidores de Bello y Lastarria retrataba las discusiones historiográficas que se venían desarrollando en el ámbito europeo también convulsionado por las contradicciones entre los proyectos republicanos y los intentos restauradores de la tradición monárquica, sin embargo, es de este contexto que el carácter literario de la

construcción del relato histórico logra sacar unas contribuciones conscientes de carácter metodológico y teórico de lo que se concibe como la narrativa del género histórico o, más claramente, la disciplina histórica.

Al respecto de este asunto, Bello, según Colmenares, se encontraba un paso adelante en los conocimientos metodológicos de una disciplina histórica con intenciones de cierta autonomía discursiva como actividad investigativa, de allí que afirma que: “Resulta curioso que en este debate la posición de avanzada, por lo menos en lo que respecta al método histórico, fuera la defendida por Bello” (p. 12). La razón es que el énfasis en el rigor erudito del tratamiento ordenado de los hechos, en la descripción detallada y datada, no significaba, como se trataba de argüir por los seguidores de Lastarria, de una mera compilación cronológica de sucesos sin sentido crítico que tendían a expresar una simpatía monótona al valor político de la tradición propia del pasado histórico, de hecho:

Bello, a diferencia de sus contrin-
cantes, se mostraba familiarizado
con la historiografía romántica
de la Restauración y esgrimía los
argumentos de ésta contra el estilo
filosófico ilustrado que desdeñaba
la narrativa en aras del comentario
o la reflexión del filósofo. Precisa-
mente la innovación de la historio-
grafía romántica había consistido
en fundir dentro de la narrativa
descripción y comentario, aspectos
que la ilustración había man-
tenido separados (p. 12).

Desde el punto de vista anterior, aunque el relato histórico no pudiese estar en una posición neutra ante la literatura y la política, aquí el giro literario está en que el comentario como explicación se ve convalidado por una crítica de fuentes, lo cual representaba una concreción de la narrativa histórica como género investigativo. No puede decirse que la afición por la gramática castellana y los *estudios filológicos de la lengua* en Bello sean propiamente un prejuicio derivado de un período oscuro, sino que se constituyen en formas metódicas auxiliares para lograr una mejor y más completa explicación de la cultura hispanoamericana en su propia historicidad, como es sabido, la filología romántica logra enriquecer en el mismo proceso histórico del conocimiento histórico sus comprensiones sobre las transformaciones culturales del *espíritu de una época*.

La necesidad apologética del presente liberal (presente ambicionado por Lastarria) servía como medio de reproche a la tradición y se fortalecía con la *visión del pasado como contraejemplo político*; el logro de este discurso consistía en denunciar contradicciones reales de la vida social a través de su relato histórico progresista, pero la solución política a estas aporías suprimía por superposición de convenciones ideológicas, muchas de las razones históricas de la cultura americana, sesgando la posibilidad de un conocimiento histórico de sus causas o al menos de sus características propias. Al contrario, “Bello matizaba mucho más su argu-

mentación con respecto al problema cultural” (p. 9) como bien se muestra más adelante en el libro, la independencia constituía para la historiografía decimonónica la motivación literaria y política de la escritura de la historia, la revolución permitía trazar un antes y un después, un progreso o un retroceso, un pasado rico en sí mismo y progenitor de jubilosos legados o de un pasado que fragmentaba y retardaba el crecimiento de un moderno cuerpo nacional: “Sólo a través de la revolución, un acontecimiento originario en todo sentido, podía reconstruirse la totalidad de la historia, hacia atrás y hacia adelante” (p. 31). La independencia en el debate Bello-Lastarria era el punto nodal tanto de la interpretación historiográfica “liberal-progresista” como de la interpretación “filológico-culturalista”.

Para Lastarria, la independencia era el hito primario (empírico) e inacabado de la emancipación política (filosófica) que debía perfeccionarse en el “ahora”, su crítica iba hacia el pasado colonial y hacia la política que lo había fracturado, pues la independencia se mostraba insuficiente en la extirpación del pasado, aunque necesaria en su calidad de etapa histórica en el camino de la transformación cultural sólo posible a través de la ideología liberal y su filosofía de la historia como historia, como modo de hacer historia en lo literario y en lo político. Para Bello, la Independencia constituía una competencia política en el seno de una misma civilización cultural, que concluyó por escindirla en dos regímenes distintos, deshaciendo

incluso la opresión, pero conservando de modo ineludible la relación temporal con España y Europa; la historia de la lengua y sus costumbres son prueba de ello, las formas de saber cultural existentes en la lengua lo confirman, *la misma tradición literaria que permite pensar la historia es prueba de tal nexo*. Aunque este pensar histórico sea heterogéneo, Bello comprendía esta variedad contradictoria por las mismas formas de aprovechamiento político e ideológico que significaba narrar el tiempo histórico: “Incluso proponía como problema, no como certidumbre, la forma en que la raza había modificando la revolución en los diferentes países” (p. 9).

En este sentido, la perspectiva filológica como metodología investigativa de Bello “... resultaba moderna, y la de Lastarria y sus seguidores, sin proponérselo, ingenua y arcaizante” (p. 13). Esta cuestión nos revela una tensión clara, el *anacronismo*, debido a la crítica de las costumbres como sátira e ironía del pasado propia de los relatos históricos de Lastarria y sus seguidores (que se muestra antihistoricista), pero a su vez hay que decir que era el mismo *anacronismo* el que constituía la posibilidad filosófica de interpretar la historia a favor de la fundamentación social de un proyecto político liberal de un Estado Nacional-Moderno. De hecho, para no ser nosotros ahora anacrónicos con Lastarria y hacer honor a la comprensión histórica propugnada por Bello, Colmenares nos explica que la idea de Lastarria de criticar los logros de la independencia se basa en la pretensión

de reimpulsar la revolución como modo de hacer visible su carácter de discontinuidad histórica para poder acrecentar la sensación de desplazamiento progresivo de la humanidad como expresión abstracta hacia las ideas liberales: “La generación de Lastarria, que había visto congelarse la revolución en instituciones conservadoras, no podía hacer justicia a la acción revolucionaria” (p. 10). Al dejar este vacío de justicia en la marcha histórica, la “filosofía de la historia” debería de servir de tribunal como proveedor de los elementos de juicio necesarios para seguir ese movimiento general de la humanidad, tal como era interpretada la acción revolucionaria. Bello, según Colmenares, lograba disociar en sus escritos el problema de reflexión metodológica de las disputas ideológicas, lo que no significaba que no tuviera opinión sobre lo político. La posición erudita y detallada basada en fuentes para la adecuada reconstrucción del pasado no era ajena en la época a la pretensión filosófica de desarrollar principios generales como ideas dominantes para interpretar y disponer los hechos; según Colmenares, Guizot (político e historiador francés) fue quien habló sobre integrar estas perspectivas de manera consciente o, al menos, eso expresan sus preceptos, lo cual “... podía ser aceptado por aquéllos que reclamaban una ‘filosofía’ de la historia como por los que confiaban más en una cuidadosa reconstrucción narrativa” (p. 14), ambos pretendían *reproducir la realidad como verdad en la narrativa*.

Este carácter de la filosofía como un elemento básico en la construcción narrativa no solo es válido para los más radicales defensores -como Lastarria- de una filosofía de la historia que por fines retórico-políticos reduce el pasado a la simplificación apologética del presente, sino que también permea a los historiadores (como Mitre y Arana) que se orientan hacia la descripción erudita, la crítica de fuentes, la organización cronológica de los hechos; esto se debe a que la perspectiva filológica de Bello no es totalmente opuesta a la perspectiva filosófica de Lastarria, de hecho al hacer hincapié en el *estudio detallado de la tradición* para comprenderla mejor en su espíritu singular (no hay una humanidad abstracta sino diversas humanidades nacionales) también puede cruzar su aporte netamente metodológico y favorecer discursos nacionalistas, tradicionalistas o conservadores.

Colmenares nos hace visible que la figuración narrativa de la compleja realidad americana (de su interculturalidad) se veía atravesada por una cierta “antipatía étnica”, la cual tendría su origen en el desajuste cultural de los grupos sociales americanos que en un dominio político expresan prácticas segregacionistas y contradictorias con el *humanismo republicano*, sin embargo, para Colmenares es el miedo a las masas populares, a su poder de destruir la civilización por ignorancia, lo que hace que las figuraciones tanto las más liberales como las más conservadoras traten de resolver el problema de una manera casi vertical, a través del binomio civiliza-

ción y barbarie, élites contra turbas, en tanto que las élites políticas tienen la misión de ser siempre mediante la conversión (unas veces democrática y otras autoritaria) instructoras de las masas en su politización.

Por esta vía de conflicto político en la representación de los intereses de los grupos sociales en el ámbito narrativo, Colmenares ingresa directamente en el asunto historiográfico del siglo XIX que más polémica ha generado en la actualidad. De tal polémica hemos heredado la calificación peyorativa de una “historia sólo de héroes” o “precientífica” limitada en la descripción fantástica e irreal de épocas históricas tan cruciales socialmente como la Independencia; estos son algunos de los reproches de la historiografía contemporánea sobre estas formas narrativas decimonónicas. Colmenares, como lo expresó en la introducción de *Las convenciones contra la cultura*, lo que le interesa comprender es la experiencia histórica de los propios historiadores del siglo XIX, para lo cual reconoce en principio la existencia de unos *procesos de invención del héroe* en la historia latinoamericana del XIX. Esto podría parecer como algo ya dicho pero la diferencia está en que el denunciar el carácter inventivo del héroe no implica deslegitimar el modo como los historiadores del siglo XIX quisieron explicar su propia historia, de hecho como sabemos hoy, ellos mismos eran actores políticos y la idea de ayudar a encaminar la misma historia respondía más a un proyecto de construcción de nación que a una falta de criterios his-

toriográficos profesionales.

En este sentido, lo nuevo de este análisis de la figura del héroe reside en que se trata de comprender las funciones imaginativas de la narrativa histórica para con la misma realización social y política de los países americanos. Para empezar, Colmenares nos explica como la comprensión del fenómeno histórico con toda su complejidad era algo bien difícil para el mismo historiador decimonónico; la misma variedad, volumen y dispersión de los sucesos históricos hacía que los historiadores tomaran como recurso de comprensión y organización de sus relatos otras formas literarias ya constituidas. Tales estructuras de la narración eran las de la tragedia y la comedia, géneros literarios que no sólo proveían de formas poéticas a la narración histórica sino que además permitían sintetizar un sentido complejo en un mensaje homogéneo y llano. La figura del héroe se legitimaba como tal en su capacidad genial de conciliar y representar los destinos colectivos, este carácter “superhumano” nacido de hombres de carne y hueso colocaba a los héroes en un plano ambiguo de perfección moral y a la vez de seres sensibles que compartían el mismo drama humano propio del teatro de los conflictos de una época.

La construcción de la figura retórica del héroe era una de las formas de la acción comunicativa que la historiografía de este tiempo empleó para tratar de dar una imagen coherente y unificada de nación. Según Colmenares,

Usualmente el héroe no debía entrar en una contradicción inconciliable con su propio mundo social. Sencillamente porque él era la encarnación más pura del ser colectivo y en él reposaban las simientes del perfeccionamiento social (p. 71),

por tal razón, las contradicciones sociales trataban de ser saldadas por la misión filantrópica y altruista del héroe que como ejemplo moral tenía como función crear un *ethos patriótico* entre las mismas masas; de hecho, si los héroes eran pocos la *heroicidad* era al menos el fin histórico colectivo de una nación forjada en la adversidad. El mismo escenario de la guerra a pesar de su misma fragmentación social y política representaba en la narración histórica, la unidad de los destinos colectivos que habían luchado por la nación, que ahora se historiaba a sí misma tratando de hallar en el tiempo el principio de liderazgo que hacía inteligible la nueva comunidad política. En este contexto, la misma memoria literaria existente en la tradición narrativa le sirve a los historiadores del siglo XIX para interpretar los cambios históricos de los que ellos mismos son el resultado, de ahí que Colmenares mencione que esta historiografía esté emparentada con la épica, pues el fenómeno tangible del cual surgieron las figuras a *heroizar* emergieron de la guerra; el conflicto bélico y su resolución marcan las pautas del cambio histórico. Según dice el texto “La guerra era todavía en el siglo XIX el modelo mismo de la inteligibilidad histórica” (p. 64).

Desde esta perspectiva, para comprender mejor la relación héroe-pueblo es muy fecunda la descripción de Colmenares del pensamiento de Juan Bautista Alberdi, quien “... percibía un ascendiente popular en la invención del héroe y la necesidad de representar su gloria como una necesidad colectiva” (p. 67). Esta comprensión de la función discursiva y política del relato histórico como relato literariamente construido nos muestra como los fenómenos de la narración son constituyentes de la formación de la realidad histórica, tanto es así que un actor como Alberdi siente el efecto de realidad que el discurso de sus contemporáneos genera en el ambiente social popular y como este mismo público masivo condiciona discursivamente al historiador.

Finalmente, debemos retomar el llamado de Colmenares de volver a la *historia de la historiografía* desde perspectivas semiológicas como las de Roland Barthes, hermenéuticas como las de Paul Ricoeur y de análisis de las narrativas como las de Hayden White². Como bien se discute en el transcurso del libro a través del uso de los argumentos de las obras de estos autores, Colmenares logra sobrepasar el mero examen formal del lenguaje para situarse en la interpretación de los lenguajes de las obras de los historiadores, pues

² Colmenares siguiendo el modelo de análisis de los tropos en el relato histórico de Hayden White, caracteriza en el caso de José Manuel Restrepo su relato como *el lenguaje de las pasiones* y en el de Bartolomé Mitre como *el lenguaje metafórico de las ciencias naturales* (pp. 87-93).

“... comienza a tomar cuerpo una reflexión sobre el lenguaje de los trabajos históricos. Esto hace parte de la historia de los trabajos históricos o, para abreviar, de la historiografía” (p. XXV).

Santiago Pérez Zapata
Estudiante de la XI Cohorte de la
Maestría en Historia
Universidad Nacional de Colombia,
Sede Medellín